



EL GRAN SECRETO.

(CONCLUSION).

El corazón humano, ya lo estais oyendo, nunca se sacia. Gerib, á pesar de todas sus riquezas y su poderío, estaba muy léjos de creerse dichoso. Se acordó de los brillantes atractivos de la gloria y del aura popular que rodea á los afortunados mortales, á quienes la humanidad llama héroes, y pensó que si los alcanzaba nada tendría su corazón que ambicionar. La reina Sahiz, apenas lo supo, dispuso las cosas de manera que viera satisfecho su deseo. Tocando con las fronteras del imperio del califa habia en África un pueblo indómito y guerrero jamas sometido, que hacia frecuentes invasiones en los estados del poderoso imperio, maltrataba á sus vasallos y saqueaba sus ciudades. El Califa pensó seriamente que convendria, para

la quietud de sus pueblos y el engrandecimiento de su imperio, hacer la guerra á aquellos vecinos indómitos y sojuzgarlos por la fuerza de las armas, y lo consultó con Gerib, porque nada hacia sin su consejo.

El gran Visir aplaudió la idea de su soberano y se brindó á ir él mismo á la cabeza de un poderoso ejército á castigar á aquellos bárbaros y á agregar al imperio todo el territorio que ocupaban, que era muy extenso. Accedió á ello el Califa y Gerib: convocando á los mejores capitanes del imperio, reunió un ejército brillante con muchedumbre de infantes y jinetes, y poniéndose al frente de él, emprendió su marcha para la frontera, habiendo atravesado el Estrecho de Gibraltar en una poderosa armada.

Atravesó las provincias africanas del imperio, llegó á la frontera y penetró á sangre y fuego por el territorio de los bárbaros, que en muchedumbre infinita le salieron al encuentro. Eran éstos de un valor indomable, como hombres cuyo principal ejercicio era el de las armas; pero Gerib no vaciló en presentarles la batalla, que fué sangrienta y vió coronada por la más completa victoria.

Sus enemigos resistieron heroicamente, pero fueron destrozados y casi todos pasados á cuchillos. Triunfo más señalado no le alcanzó jamás el más famoso general.

No se desalentaron los bárbaros africanos; nuevos ejércitos salieron al encuentro de Gerib, porque en aquel país todos los hombres eran guerreros; la victoria parecía que iba delante del gran Visir; cada batalla era para él un nuevo triunfo; su ejército parecía invencible, sus tropas estaban entusiasmadas con un general tan afortunado y no había nada que las resistiera; como un torbellino marchaba su ejército aniquilando y destrozando cuanto encontraba al paso; todo el territorio de los bárbaros fué sojuzgado, todas las poblaciones se le rendían, los ejércitos contrarios huían de él arrojando las armas, conquistó muchas provincias y dilató los límites del imperio aún mucho más allá de lo que el mismo Califa se hubiera atrevido á imaginar. Cuando Gerib no encontró ya enemigos que vencer se detuvo; el peso de tantos laureles molestaba ya

su frente; su gloria de guerrero invicto no podía ir más allá, y sin embargo, Gerib no sentía su corazón regocijado; aquellos triunfos, que habían costado tanta sangre, le entristecían. Después que dejó asegurado el fruto de sus conquistas volvió hácia España con su ejército victorioso; en todas partes se le recibía con aclamaciones de un loco entusiasmo, las gentes se atropellaban por salir á ver al paso al héroe invencible, sembraban de flores su camino y los vítores ensordecían el viento. En medio de una continuada ovación llegó por fin á Córdoba, donde se le hizo un recibimiento como no recordaban los anales de la historia; innumerables arcos de triunfo se levantaron en su honor, todas las ventanas y las paredes de las casas estaban colgadas de riquísimas telas, llovía á su paso un diluvio de flores; el mismo Califa salió á recibirle á pié, seguido de la corte, á las puertas de la ciudad, y le abrazó cariñosamente llamándole su hijo querido. Dispusiéronse en loor suyo suntuosísimas fiestas, que duraron por espacio de muchos días; jamás la gloria de un hombre subió á más alto punto, y sin embargo, Gerib, á quien todos envidiaban, no participaba del júbilo universal.

¿De qué me sirven tanta gloria y tantos festejos? se preguntaba. ¿Qué dicha tan frívola es la que se funda en la satisfacción de la vanidad! ¿Qué es todo esto más que humo y miseria? ¿Cuántos hombres vivirán en la oscuridad y en la pobreza más tranquilos y felices que yo!...

Para premiar sus señalados servicios, que habian hecho doblemente temible y poderoso su imperio, el Califa quiso elevar á Gerib á la altura de su trono y le dió en matrimonio á su hija única, princesa bellísima, que reunia todos los atractivos imaginables.

—¿Quién más dichoso que tú? le preguntó Zahir, la reina de las hadas. Ya eres igual al Califa y superior á muchos soberanos de la tierra; tus riquezas no pueden contarse, tu fama y tu gloria llenan el mundo de uno al otro polo, tienes por esposa la princesa más hermosa de la tierra, ¿qué te falta ya que desear?...

—Yo no lo sé, respondió Gerib; pero perdonadme, mi querida madrina, sé que os ofendo al decirlo y no puedo ocultároslo..... todavía no soy feliz. Ignoro qué es lo que le falta á mi corazón, pero siento que no está satisfecho, que desea algo, que ambiciona algo, y es lo peor que á ese algo yo no puedo darle un nombre. ¿Qué son las riquezas? Vanidad supérflua. ¿Qué es el poder? Vanidad pueril. ¿Qué son la fama y la gloria? Humo y vanidad. El rico pasa mil zozobras temiendo que la fortuna ó los malvados le arrebaten sus riquezas. El poderoso vive en perpetuo desasosiego temiendo que sus enemigos le derriben. El que ha adquirido gloria y renombre teme las asechanzas de la envidia y de la calumnia... ¿Cómo he de vivir dichoso yo que reuno todas esas zozobras, todas esas angustias y todos esos temores?

La reina de las hadas no encontró nada que responder á las amargas reflexiones de su protegido, pero se habia propuesto hacerle feliz y no queria perdonar medio alguno para conseguirlo.

No encontrando en su imaginacion ningun otro género de grandezas y satisfacciones que proporcionar á su ahijado para hacerle dichoso, encaminóse la reina Zahir á una selva oscurísima y cerrada en donde los rayos del sol jamas penetraron. En lo más oscuro y recóndito de esta selva, y teniendo por albergue el hueco que formaban unos colosales peñascos, vivia un mago muy viejo, que tenía fama de ser el más sabio de la tierra.

A este escondido retiro llegó la reina de las hadas, y en él encontró al mago encorvado bajo el peso de los años. Ocupábase en ojear unos pergaminos llenos de signos cabalísticos indescifrables á la vista humana, y teniendo á su lado varios instrumentos de alquimia, en los cuales preparaba sin duda algun filtro maravilloso.

—¿Cómo llega á mí, preguntó el viejo sorprendido, la reina poderosa de las hadas? ¿En qué puede servirle este pobre anciano?

—Vengo á consultaros, amigo mio, respondió Zahir, y á pedir consejo en una cosa que me interesa sobremanera averiguar. Quiero que me digais en qué consiste la verdadera felicidad de los pobres mortales, secreto que únicamente á vuestra sabiduría puede estar manifiesto y patente.

—La verdadera felicidad de los mortales, ¡oh reina poderosa! respondió el mago, bien debeis saberlo, no está en la vida perecedera, que es para ellos una triste peregrinacion llena de sinsabores, fatigas y amarguras.

—Pero bien, decidme al ménos cuál es la mejor felicidad á que pueden aspirar en esta vida transitoria.

—Yo os lo diré en pocas palabras. Todo el secreto de la humana felicidad consiste en que el hombre modere sus deseos y se contente con aquello que la suerte le depara, sin aspirar á ninguna otra cosa. De esta suerte puede ocurrir que el hombre más pobre y oscuro de la tierra sea infinitamente más dichoso que el monarca más opulento y poderoso, si se contenta con su pobreza y no le molesta el deseo de adquirir lo que no tiene. Y ved aquí por qué razon son muy contados los hombres que en este mundo son felices, porque encontraréis muy pocos que se hallen satisfechos con su suerte y menosprecian lo que no poseen.

—Teneis razon, amigo mio; os doy las gracias por haberme rebelado una verdad tan sencilla, que

acaso nunca se me hubiera ocurrido.

La reina de las hadas abandonó la selva y en un solo vuelo se trasladó á Córdoba. Encontró á Gerib pensativo y melancólico en su palacio y le dijo:

—Me habia propuesto, bien lo sabes, hacerte feliz realizando todos tus deseos; pero para conseguirlo es inutil que te dé más grandezas, más honores, más gloria, más riquezas ni más poderío: solamente puedo darte un consejo: que te contentes con la suerte que el cielo te depara, sea buena ó mala, y no aspire á tener nada más que lo que tengas, sea poco ó mucho.

Gerib no pudo aprovechar este maravilloso secreto, porque se habia habituado ya á la ambicion y era esclavo de sus deseos. Pero mis tierros lectores, que acaban de pisar la senda de la vida y no han participado de las grandezas de Gerib, se encuentran en la más favorable situacion para utilizar el sabio consejo del mago de la selva, y á su disposicion pongo el gran secreto para obtener la felicidad.

P. D. MONTES.

PENSAMIENTOS.

Algunas veces hay que arrepentirse de haber hablado, nunca de haber callado.

* * *

Nadie guarda mejor un secreto que el que lo ignora. No tengais empeño en saber secretos ajenos.

La mano del perezoso no produce más que la indigencia; la del trabajador produce la abundancia y la riqueza.

* * *

Los deseos son la riqueza de los pobres y la ruina de los ricos.



MÚSICOS CÉLEBRES.

Los niños oyen hablar en sus casas muchas veces de música, y de compositores famosos, y en ocasiones sus padres les llevarán á los conciertos públicos, al teatro de la ópera, ó á reuniones particulares donde se toque y se cante: no está, pues, de más que tengan noticia de algunos músicos célebres, tanto antiguos como modernos. Puede decirse que la buena música jamas se hace antigua, y aunque esté á veces más de

moda un género de música ú otro, es indudable que hoy mismo oirán hablar con aplauso de grandes músicos que ya no existen.

SCARLATTI.

Alejandro Scarlatti, que nació en Trápani (Sicilia) en el año de 1647, fué uno de los mayores ingenios musicales de los siglos xvii y xviii. Era muy jóven aún cuando pasó á Ro-

ma, capital de todas las bellas artes, y allí recibió una vasta instrucción musical bajo la inmediata dirección del célebre maestro Carísimi. Cuéntase entre sus principales composiciones *L'Onestá nell amore*, *Teodora*, *Odoacre*, *Pirro é Demetrio*, *Il prigionero fortunato*, *Eraclea* y *Laodicea y Berenice*.—Falleció Alejandro Scarlatti el día 24 de Octubre de 1725.

PACCINI.

Nicolás Paccini nació en Bari el año de 1728. Entró en la escuela musical de San Onofre, dirigida entonces por Leo, cuando contaba catorce años de edad, y después de haberse dedicado seis años consecutivos á completar su instrucción artística, dió al teatro la primera de sus óperas, que tenía por título *La donna dispettosa*. Compuso después *La Gelosia*, *Zenobia*, *Alessandro*, *Saffo*, *El viaggiatori felici*, y *Orlando*, falleciendo con grande reputación el 7 de Mayo del año 1800.

ZINGARELLI.

Nicolás Antonio Zingarelli nació en Nápoles el día 4 de Abril de 1752. Aprendió los primeros rudimentos del arte musical con su mismo padre, profesor de canto de Loreto; pero cuando Nicolás Antonio tenía siete años de edad falleció su padre, y entonces continuó sus estudios con Fernaroli, que le enseñó acompañamiento y contrapunto. Su primer ensayo fué *I quattro pazzi*.

Entre sus discípulos los contó tan célebres como Ricci, Conti, Bellini y Mercadante. Falleció el 5 de Mayo de 1837.

CIMAROSA.

Domingo Cimarosa nació en Aversa (Nápoles), el día 17 de Diciembre de 1754.

Quedó huérfano, desde muy niño, pero como poco tiempo ántes hubieran fijado sus padres la residencia en Nápoles, fué protegido y enseñado por el P. Polanco, organista de un convento, que conoció las grandes cualidades que para ser un gran músico tenía el niño Cimarosa. A los siete años entró en el Conservatorio de Loreto, donde estuvo once años recibiendo una gran instrucción musical bajo la inmediata dirección de los maestros Manna, Sachini, Fenaroli y Paccini.

Su primera ópera se titulaba *Fiorentini*, dándola al teatro en 1772. Compuso después nada ménos que cincuenta y cuatro partituras, entre las que figuran: *Il matrimonio segreto*, *Oreste*, *Cleopatra*, etc.

MOZART.

Nació Juan Crisóstomo Mozart en la ciudad de Salzburgo, donde su padre era maestro de la capilla de la catedral, el 27 de Enero de 1756. Sus disposiciones para la música fueron tan felices como precoces, pues á los tres años de edad ya quería acompañar en el piano lo que canta-

ba su hermana Ana María, que fué tambien artista consumada.

Su mismo padre fué quien le dió educacion musical, y con él y con su hermana, ya indicada, recorrió las principales ciudades de Europa, ganando provecho y grandes aplausos.

Mozart, que indudablemente fué el mejor pianista de su tiempo, publicó más de 800 composiciones, contándose entre sus óperas principales *Lucio Silla*, *Mitridates*, *Figaro*, *La flauta encantada* y *Don Juan*, que áun hoy se representa. Falleció en 1791.

CHERUBINI.

Salvador Cherubini nació en Florencia el dia 8 de Setiembre del año 1760. Su padre, que era profesor de música de un teatro de aquella ciudad, fué quien le dió la primera educacion musical. A los nueve años comenzó á estudiar la armonía con el maestro Felici, y despues aprendió la composición con Bizarri y con Castucci. A los trece años escribió una misa solemne, y sabiendo el gran duque de Toscana, Leopoldo II, cuán felices disposiciones demostraba para la música, le envió á sus expensas al Conservatorio de Bolonia, donde con grande empeño se dedicó á escribir sólo fugas y contrapuntos. En Milan dirigió la capilla de la catedral, componiendo gran número de misas, nocturnos y motetes de un sabor religioso difícil de imitar. Entre otros discípulos importantes tuvo á los célebres Auber y Halevy.

Dió al teatro quince óperas, sien-

do la primera *Quinto Fabio*, representada en Alejandría en 1780, y entre otras, muy aplaudidas, se cuentan la *Armida*, *Adriano in Siria*, *Il Mesenzio*, y *Lo sposo di tre, marito di nessuna*.

Este célebre maestro compositor falleció el 15 de Marzo de 1842, á los 82 años de su edad.

BEETHOVEN.

Luis Van Beethoven nació en Bonn, poblacion de Prusia, el dia 17 de Diciembre de 1770. Comenzaron á educarle musicalmente su mismo padre y un director de orquesta llamado Pfeiffer, completando la educacion elemental de aquel rey de las sinfonías, los profesores Van-der-Eden y Neefe.

Tenía sólo trece años cuando ya publicó algunos cuartetos, y á los diez y siete hizo un viaje á Viena con el solo designio de conocer al gran músico Mozart. La alta sociedad austriaca, dice uno de sus biógrafos, padecía á la sazón un verdadero delirio por la música, y de aquí que el joven maestro, apasionadamente protegido por algunas aristocráticas familias, se dedicase con el mayor ahinco á componer cuartetos, sinfonías, trios, fantasías y sonatas, que no sólo le producian cuanto dinero podia apetecer, ya que su publicacion era disputada entre numerosos editores, sino que le dieron un renombre europeo.

Falleció este gran compositor, cuya instruccion musical era tan com-

pleta como variada, el 26 de Marzo de 1827.

AUBER.

Daniel Francisco Auber nació en Caen (Francia) el día 23 de Enero de 1782. Sus padres tenían en París un comercio de estampas, y en aquella gran capital fué donde aprendió el niño Auber los rudimentos de la música y los principios del piano, con el maestro Ladurner. No obstante, el célebre Cherubini fué quien desarrolló en él y dirigió sus grandes disposiciones musicales.

Fueron más de cuarenta las óperas que escribió desde 1814, en que comenzó á escribir para el teatro, hasta el año de 1847, figurando entre ellas: *Fra-Diavolo*, *La Mutta di Portici*, *El Dominó negro*, *El Caballo de*

bronce, *Los Diamantes de la Corona*, *Sirena* y *Haydée*.

FÉTIS.

Mr. Fétis, gran profesor de música, distinguido bibliógrafo y excelente crítico, nació en Mons, el día 25 de Marzo de 1784. Desde muy niño fué sumamente aplicado, en términos que desde los nueve años ya era organista de una parroquia. Su padre, con grande acierto, quiso que tuviese conocimientos literarios, pues es indudable que la literatura hace más brillantes todas las artes y oficios que con ella se acompañan, y por esto reunió Fétis conocimientos de diversos géneros.

Puede decirse que ha sido el músico más científico y más erudito.

ROSA.

I.

En un pueblecito de la provincia de Sevilla vivía un pobre albañil, quien, llamado á componer el tejado de una casa, cayó de él y quedó muerto en el acto.

La noticia corrió de boca en boca hasta su casa, y al llegar á su mujer, que estaba enferma, la causó una impresión tan dolorosa, que un día

después enterraban á la esposa al lado del esposo.

Un niño, nacido hacia ocho días, quedaba sin más amparo que la Providencia y el buen corazón de los vecinos.

El Alcalde y el Ayuntamiento le adoptaron, y como aún no había recibido el agua del bautismo, buscaron á un labrador rico y honrado, llamado Juan, para que sirviera de padrino.



— Soy muy viejo, dijo, pero mi Manuel podrá serlo en mi lugar.

Sabido es, niños míos, el placer que á los nueve ó diez años nos causa hacer las veces de padre y presentarnos graves y circunspectos.

Para el día de la ceremonia se habia preparado una comida espléndida, además de las rosquillas, roscones, dulces y chocolate, que en abundancia se servirían á los convidados.

Dos días ántes el señor Juan tuvo la idea de convidar á comer á todas las niñas principales del pueblo para que Manuel escogiera entre ellas madrina á su gusto, recomendándole que no prefiriése á ninguna hasta consultárselo á su buena madre.

El señor Juan le dijo:

— Toma, te entrego doscientos reales para cintas y dulces, y si entre las niñas no encuentras alguna que te agrade para madrina, busca entre aquellas que no han sido convidadas.

Manuel corrió á la cocina, y enseñando su dinero á la robusta aldeana que le habia recibido en sus brazos cuando nació, saltando y abrazándola, exclamó:

— Francisca, mira qué rico soy; con esto compraré confites para que al salir de la iglesia se los den á los muchachos; quiero que haya música, como en el bautizo de mi hermanita, y que los niños lleven cintas y lazos blancos: vaya si estoy contento de ser padrino. ¡Cuánto nos vamos á divertir!

— Sí, pero piensa un poco en lo que vas á hacer, le contestó su buena

madre, que entraba en aquel momento. — Cuando se hace cristiano á un niño contraemos la obligación de cuidarnos de él y de encaminarle por la senda del bien, y servirle, en fin, de padre, puesto que ha perdido el suyo.

— ¿La madrina también tiene que cumplir como yo, es decir, servirle de madre?

— Sí, hijo mío.

— ¿Y á quién escogeré? ¿qué niña será la mejor?

— Infórmate: lo que puedes hacer es consultárselo al párroco; él conoce á todas y te aconsejará.

II.

Llegó la hora de la comida, y era de ver, lectores queridos, los agasajos y el cariño que manifestaban á Manuel las lindas é infantiles convidadas.

— Yo quiero ser madrina contigo, le decia Carlota, niña de ocho años é hija del médico. Si me escoges á mí, me pondré mi vestido de seda color de rosa, que estrené el día del Córpus.

— Manolito, si soy compañera tuya te regalaré el libro de las estampas, que tanto te gusta, decia otra.

— Tengo dos corderos blancos como la nieve; les he puesto collares encarnados para regalártelos si me prefieres á mí, — le dijo la niña del boticario.

— Hasta mañana no puedo decidir, contestó Manuel, con la mayor gravedad y cual si se tratara de un

asunto de Estado, no sin pensar que el vestido de color de rosa haria buen efecto con el traje nuevo que él debia llevar.

Al otro dia salió al campo con su padre, y como hacia bastante calor, entraron á descansar en un cortijo perteneciente á una viuda con tres hijos y una sobrina.

—¿Y Rosa? preguntó el padre de Manuel.

—Está con las cabras en el campo.

—¿Y sigue siendo tan buena?

—No puede usted figurarse, señor Juan; esa niña no se parece á nadie: se levanta con el alba, riega los tiestos y cultiva con esmero sus flores, cuida á las cabras, las lleva á pacer y entre tanto se sienta y enseña la doctrina cristiana á los pastores, mediando siempre en sus disputas y consiguiendo que la obedezcan. Por la noche vuelve con el rebaño, prepara la leche que acaba de ordeñar, ayuda para hacer la cena, pone la mesa, y despues todavía dedica un rato á hacer media: todo esto una niña de nueve años y medio; cuando sea una mujer no habrá otra que la iguale.

—¿En dónde suele estar con el rebaño? preguntó Manuel, porque iriamos á verla.

—En el prado que se extiende al pié de las casas caidas; ahora van á llevarla el gazpacho; el chico dirá dónde es.

Efectivamente, en el sitio indicado encontraron á Rosa, quien apénas tomó en su mano el *hornajo* con el gazpacho escapó á correr con él.

Mis infantiles lectores se pregun-

tarán qué es *hornajo*, y yo, para no dejarles en la duda, debo decirles que es una escudilla de madera, en donde se acostumbra en los campos de Andalucía á hacer el gazpacho.

—¿Adónde va Rosa? preguntó Manuel, corriendo tras ella.

La niña volaba, y el niño, no ménos diligente, logró alcanzarla á la puerta de una cabaña; entraron ambos, y Rosa tendió su escudilla á una anciana que estaba sentada en una cama miserable y que se apoderó con ánsia del alimento que la presentaba.

—¡Qué fresco está! ¡bendita seas! exclamó la pobre vieja.

—Dentro de pocos dias ya estará usted mejor, María, dijo Rosa, y despues ya veremos si en casa de mi tia quieren recogerla á usted.

—Pero ¿y la herida de mi pierna?

—Ya va bien, añadió la niña levantando unas vendas; el cuerpo al caer pesó sobre esta pierna, como dice el cirujano, y causó esta llaga.

—Sí, pero el cirujano no me curará, y tú.....

—Yo, porque me dijo Perico el pastor que estas hierbas eran excelentes; cuando esté usted buena me acompañará al campo.....

—Sí, para subir al cielo contigo; pierde cuidado, haré lo que quieras.

—Hasta la tarde.

—Adios, hija mia.

Al volverse Rosa se encontró con Manuel, y un poco más léjos á su padre, que les habia seguido.

—Buenos dias, señor Juan, muy

buenos nos los dé Dios, Manolito; ¡qué temprano por aquí!.....

—Sí, para saber lo que hacías en el campo.

—Dar de comer á María, y curarle la herida; dias pasados volvia con una carguilla de carbon, tropezó y cayó lastimándose una pierna. Está ya muy vieja y no puede trabajar, ¡pobrecilla!

Aquí las lágrimas acudieron á los ojos de Rosa.

—¿Pero te quedas sin almorzar?

—¿Qué importa? yo soy jóven y puedo resistir hasta las doce.

—Desde mañana yo te mandaré el almuerzo para María, dijo Manuel.

—Quiero ayudar á Rosa, repuso el Sr. Juan; yo se lo enviaré, y tambien la comida; así no te quedarás sin la tuya.

Dios se lo pagará á Vds.; pero me están aguardando mis pastores: hoy es domingo, dia de explicarles la doctrina.

Y ligera como una corza, se encaminó á donde estaban sus cabras.

Algunos pastorcillos la esperaban.

III.

—Padre, decia Manuel al volver á su casa, ¿sabe Vd. que creo que he encontrado la madrina?

—¿Quién es?

—Rosa: me parece tan buena...

—Y tan caritativa...

—¿De modo que no se enfadará usted si la hago madrina?

—De ningun modo: por el contrario, me alegraré.

—Desde luégo, Dios lo ha hecho, dijo la madre de Manuel, al contarle lo sucedido: es una santa esa niña; pero ¿querrá ser madrina?

—Si quisiera V. venir conmigo se lo propondríamos... la compraria un vestido blanco y flores...

—Pero no podria estar para pasado mañana...

—Se dejará el bautizo para dentro de tres ó cuatro dias.

—Como quieras: irémos mañana temprano.

La tia de Rosa consintió, y la niña, loca de alegría, le dijo á Manuel:

—Te ayudaré todo lo que pueda para hacer de ese niño un buen cristiano: yo le enseñaré lo que sepa y sus padres me enviarán sus bendiciones; ¿no es cierto, tia mia?

—Sí; muy cierto es que al bueno siempre Dios le recompensa.

—Yo le enseñaré á leer, contestó Manuel, y tú á ser bueno como su madrina; quiero que lleves vestido blanco y flores.

—Sí, pero flores del campo: Dios las prodiga por todas partes; tengo un vestido blanco casi nuevo que me sirvió para ir en la procesion del Corpus y me lo pondré para el bautizo sin necesidad de gastar: ese dinero se dejará para los pobres.

—Pues entónces compraré confites para tirárselos á los muchachos al salir de la iglesia; ¿no quieres?

—No; porque se arañan, se destrozan, se dan golpes para disputárselos...

—Tiene razon esta niña, dijo la madre de Manuel.

—Pues ¿qué haré de mi dinero? preguntó entristecido el niño.

—Repartirlo entre los pobres, contestó la tía de Rosa.

—Pero por medio del señor cura, que sabe cómo lo ha de repartir: y si quisieras...

—¿Qué?

—Compráramos un vestido á la pobre María, que no tiene qué ponerse.

—Eso es, eso es, exclamó Manuel, saltando de alegría.

IV.

El día del bautizo Rosa se presentó con un sencillo vestido blanco, una cinta rosa en sus cabellos negros, rosas en el pecho y un ramo de flores silvestres.

Parecía una santa, niños míos, y los ángeles sin duda batieron palmas alborozados al contemplar su belleza.

Estaba seria y recibía los plácemes y bendiciones de los pobres con modestia y sonriendo, de tal modo, que su carita se cubría de sonrosado, producido por el rubor.

No creía merecer aquellas alabanzas: ¿acaso no era un deber lo que hacía? ¿No estamos todos obligados á ser buenos, caritativos, laboriosos y dóciles?

Manuel, por parecerse á Rosa, desistió de ponerse lazos de cinta, pero llevaba en el ojal un ramo de flores silvestres.

El huerfanito vestía de blanco y sonreía en brazos de la buena mu-

jer, que se había prestado á sustentarle y á servirle de nodriza.

Todas las niñas del pueblo estaban celosas; todas miraban con envidia á Rosa, pero comprendían que ninguna valía lo que ella, y se conformaban con la promesa de los dulces que encontrarían á la vuelta de la iglesia, en casa de Manuel.

El día se pasó para los dos niños como un sueño: formaron mil proyectos para el porvenir de su ahijado, y se ofrecieron mutuamente estudiar, aprender, trabajar y ser buenos para llegar á poder cumplir con la obligación que aquel día se habían impuesto.

V.

Pasaron diez años: Manuel era el joven más aventajado del pueblo, y su padre descansaba de sus fatigas confiado en el juicio y buenas costumbres de su hijo.

Una anciana medio paralítica ocupaba siempre un sitio en la mesa y una silla al lado del hogar.

Era María.

Un niño travieso, juguetón y hermoso como los serafines, corría, jugaba, y á veces abrazaba al Sr. Juan, á la tía María y á Manuel, para que le perdonáran sus travesuras.

Sin embargo de esto, era obediente, estudioso, y sobre todo lleno de fe y con un corazón de oro.

El huerfanito había aprendido de Rosa el amor al prójimo, la caridad y los más bellos preceptos de la religión católica.

En las horas en que Manuel se ocupaba de las labores del campo y en inspeccionar á los criados, Jacinto corria hasta la casa de Rosa, quien ya no guardaba las cabras, sino que cuidaba á su anciana tia y era el ángel de los desvalidos, *la santa Rosa*, como la llamaban en el pueblo.

El niño se colgaba de su cuello y la colmaba de caricias; era tan gracioso, tan agradecido, tan ingénuo, que Rosa bendecía á la Providencia por haberle concedido la dicha de hacer una buena accion.

A las cinco de la tarde se reunian en la puerta del cortijo los huérfanos, los ancianos, las impedidas, y con lágrimas en los ojos recibian de manos de la santa criatura la sopa y los consuelos que de sus labios brotaban: Jacinto la ayudaba en la piadosa tarea y decia:

—Mi madre Rosa es una santa que baja del cielo algunos dias y se vuelve despues á él.

VI.

Dos años más tarde, el pueblo entero estaba vestido de fiesta. Ramos de flores inundaban la casa de Rosa: la alegría resplandecía en todos los semblantes, y desde el más rico hasta el más infeliz presentaba su ofrenda, que, si era pobre, no por eso era aceptada con ménos satisfaccion.

Manuel se casaba con Rosa, y juraban ante el altar concluir la buena obra que habian empezado, pues que no sólo Jacinto era su hijo adoptivo, sino todos aquellos que carecieran de pan y de abrigo.

Lean mis infantiles amigos esta historieta, y sigan el ejemplo de Rosa y de Manuel, seguros de que, si desde niños se acostumbran á ser buenos, recibirán la recompensa.

BARONESA DE WILSON.

LA IGUALDAD MAL RECIBIDA.

FÁBULA.

Fué unos dias á un lugar
Cierta dama de la córte,
Caritativa señora,
Tanto como rica y noble.

Pusieron cerco á su casa
Pordioseros á montones:
Daba á todos; y aunque poco,
Suma iba gastando enorme.

Llegó á pedir una vieja,
Ya del gremio desde jóven,
Y un ochavo una criada,
Como á todos, ofrecióle.
Miró la vieja el ochavo

Con ojos hechos tizonas,
Y á la dadora le dijo,
No sin hartarla de torpe:
« Si dar por igual á todos
Tu señora se propone,
Yo no soy pobre de ochavo,
Que busque quien se lo tome.»
Dad á todos por igual,
Noveles repartidores,
Y quizá os saquen los ojos
Ciertos novísimos pobres.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

Avila, 1.º de Agosto de 1873.

D. FRANCISCO VÁLLES.

No sólo debemos ocuparnos en esta publicacion dedicada á los niños, de la vida y hechos de los poetas y escritores célebres, de los grandes artistas y de los grandes capitanes: ha habido tambien en España otros hombres célebres en distintas carreras y en todos los ramos del saber humano. Hoy vamos á hablar de un médico distinguido, que pasa por uno de los más sabios del siglo XVI. Nos referimos á D. Francisco Válles.

Créese que nació en Covarrubias, poblacion de Castilla la Vieja, aunque nada consta acerca de la calidad y nombre de sus padres. Pasó pronto á la universidad de Alcalá, y dedicándose á la medicina, adelantó de modo que se hizo notable entre todos sus condiscípulos, y obtuvo la cátedra de *prima*, que desempeñó algunos años con aplauso general.

Tanta fué su celebridad, que Felipe II le llamó á la corte, le hizo su médico de Cámara, le elevó á protomédico y le colmó de honores. «Cuéntase, dice uno de sus biógrafos, que padeciendo aquel monarca de la gota, Válles logró mitigarle los agudos dolores que le atormentaban aconsejándole metiese los piés en agua tibia; y que éste fué el origen de la gran privanza y superioridad que despues tuvo. Añaden que Felipe, sintiéndose aliviado, le saludó con el

nombre de *Divino* delante de toda su corte: título que pasando del Rey á los cortesanos, y despues al pueblo, ha quedado desde entónces unido al apellido de Válles. Así, una operacion simplicísima y óbvia influyó más sobre su crédito que sus grandes talentos, sus profundos estudios y sus excelentes obras. Éstas, no obstante, le granjearon tanta estimacion para con aquel soberano, protector ardiente de cuantos varones sabios alcanzó su siglo, que habiendo determinado erigir en el Escorial aquella gran biblioteca, comparable con las mayores del mundo, entre los pocos hombres insignes de quienes echó mano para acopiar el tesoro literario que habia de colocarse en aquel depósito de la sabiduría humana, fué Válles uno de los nombrados; y él dice de sí que con gran afan y solicitud logró enriquecer con inmenso número de libros selectos aquella biblioteca. ¿Y qué mayor indicio del saber de este varon inmortal, que haber sido compañero de Arias Montano y de Ambrosio de Morales para la empresa que tanto honra la memoria de Felipe II?»

Los conocimientos de Válles fueron profundos, no sólo en medicina, sino tambien en botánica, en física, en historia natural y en química, abriendo con sus estudios y sus escri-

tos el camino á muchos adelantos modernos. Nicolas Antonio no duda llamarle el mejor médico de cuantos España habia producido ; y Boheraa-

ve le considera como uno de los mejores comentadores de Hipócrates. Además de los *Comentarios de Hipócrates*, escribió Válles otros libros



D. Francisco Válles.

muy interesantes sobre asuntos médicos. Cuéntanse entre éstos su *Método* y sus *Controversias filosóficas y médicas*.

Tan insigne y sabio profesor falleció en el año de 1592, en un convento de Agustinos, extramuros de la ciudad de Búrgos.

PENSAMIENTOS.

Tener un corazón bueno y sensible para los males ajenos es una garantía de que toda la vida se tendrá resignación para los propios sufrimientos.

La caridad y la bondad se parecen á esas plantas que florecen en todos los climas y en todos los países y siempre son útiles y fecundas.